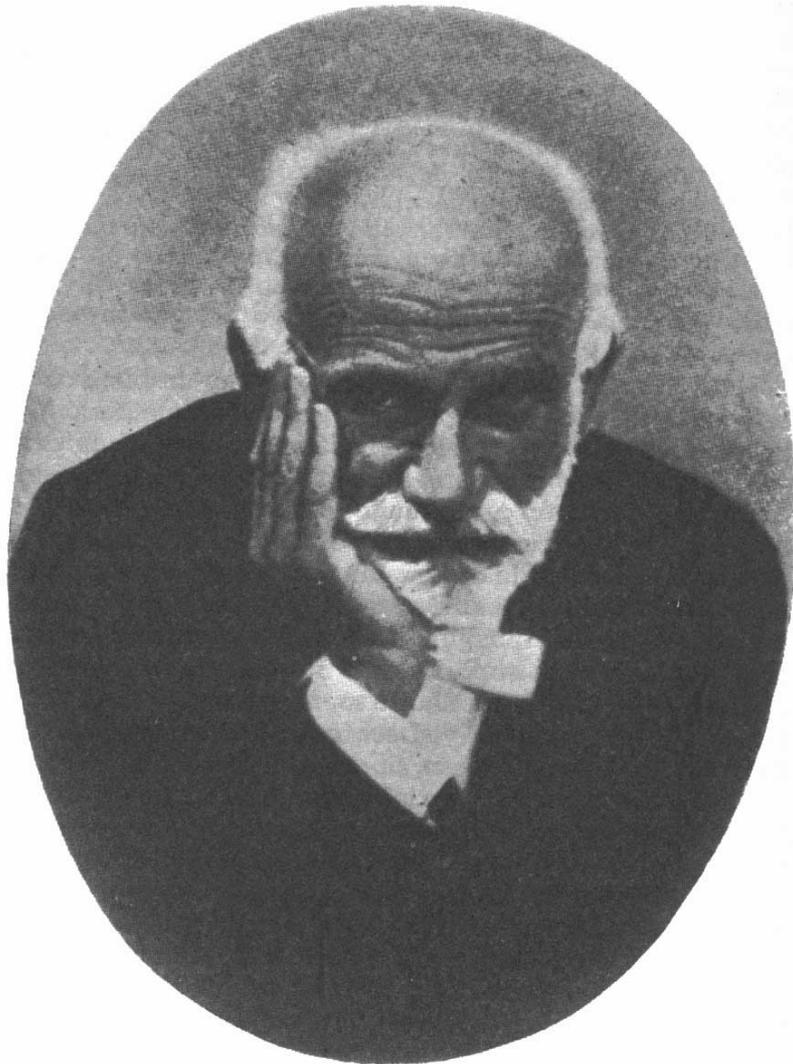


BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DEL ATENEO



Francisco Giner de los Ríos

**SEGUNDA ÉPOCA – AÑO IV N.º 13
MADRID, ABRIL DE 2003**

LA VISIÓN DEL PAISAJE DE FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Nicolás Ortega Cantero
Universidad Autónoma de Madrid

Una de las intenciones que orientaron siempre la labor de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) fue la de modernizar el horizonte educativo, científico y cultural de la España de su tiempo. Tuvo muy en cuenta, para lograrlo, las corrientes renovadoras que recorrían el panorama europeo de entonces -"los progresos obtenidos por otras naciones", como él mismo decía-, y procuró favorecer su entrada y su arraigo en el ámbito español. Su obra, estrechamente asociada, desde su fundación, en 1876, a la Institución Libre de Enseñanza, se mantuvo muy atenta a los movimientos intelectuales que se estaban gestando y desarrollando en Europa, y se esforzó en incorporar de forma coherente, sin ignorar las circunstancias y condiciones internas españolas, sus puntos de vista más innovadores y valiosos. Giner quiso abrirse a la cultura europea, a sus mejores logros intelectuales -a su "sustancia", en palabras de Juan López-Morillas, no a sus "accidentes" o a sus "formas aisladas"-, y hacer esa apertura compatible con el interés hacia lo español, con el conocimiento más detenido y la valoración más precisa del propio patrimonio.

Con ese afán de modernización, con esa voluntad de introducir en España las claves de la cultura europea de su

tiempo, debe relacionarse la visión del paisaje ofrecida por Francisco Giner. Porque en ella incorporó los rasgos característicos del paisajismo geográfico moderno, las notas distintivas del modo de entender el paisaje promovido, desde tiempos de Alexander von Humboldt, por la Geografía moderna, que formaba parte -y parte importante- de la cultura europea decimonónica. Giner tuvo muy en cuenta las actitudes y las intenciones que presidían el acercamiento al paisaje de la Geografía moderna, su manera de aproximarse a lo que el paisaje es y significa, incluyendo su interés en buscar la convergencia de puntos de vista distintos pero complementarios, su voluntad de apoyarse en lo que Vincent Berdoulay y Hélène Saule-Sorbé han llamado "la movilidad de la mirada". La visión del paisaje conformada por Giner recoge todos esos ingredientes -lo mismo que, por ejemplo, las ofrecidas coetáneamente por autores como Élisée Reclus o Franz Schrader-, y se inscribe así de forma plena en las coordenadas de la modernidad paisajística europea de su momento.

Impresiones del paisaje

Algunos escritos de Giner contienen muestras elocuentes de su manera de

percibir y valorar el paisaje. Es el caso, por ejemplo, del artículo que dedicó, en 1879, a las ciudades extremeñas de Mérida y Badajoz, en el que hablaba de la "gravedad serena y melancólica" del paisaje que pudo contemplar, en la primera de ellas, desde el puente del arroyo Albarregas, presidido por las ruinas grandiosas y pintorescas de los acueductos romanos: "aquellas masas imponentes -escribe-, apenas enlazadas por las mal unidas dovelas de alguno que otro tramo; aquel tono tan grave, tan riguroso y caliente; aquella llanura suavemente ondulada, como la campiña de Roma; aquel verdor que brota en los cimientos y pugna por elevarse hasta las más altas piedras, sobre las cuales se apiñan las cigüeñas en inmenso número; aquel ferrocarril tendido por bajo de los arcos, y aquel río, y aquella luz, y aquel cielo, forman uno de esos paisajes que excitan un mundo de ideas, de sentimientos, de representaciones en la fantasía".

No son menos elocuentes las impresiones paisajísticas contenidas en su artículo, de 1883, sobre el Real Sitio del Pardo, un lugar muy frecuentado por Francisco Giner y sus amigos y colaboradores de la Institución Libre de Enseñanza. "De recién llegado a Madrid -recuerda Juan Ramón Jiménez-, todos los domingos iba yo al Pardo y regresaba a pie, acompañando a D. Francisco Giner". Muy cerca de la ciudad de Madrid, unido a ella por una carretera pequeña y agradable, que brindaba, en palabras de Giner, "las más hermosas perspectivas en todo su trayecto". El Pardo ofrecía no sólo el atractivo de su paisaje natural, con el

valioso encinar que lo caracteriza, y de su palacio renacentista, sino también el interés añadido de constituir un sitio privilegiado para contemplar el panorama de la Sierra de Guadarrama. Acercarse al Pardo era también, al tiempo, acercarse a una visión amplia, panorámica, del paisaje que más atrajo la atención de Giner y, en general, del círculo institucionista: la Sierra de Guadarrama.

Giner trazó una imagen sumamente expresiva de las cualidades naturales del "hermoso paisaje" del Pardo, con la presencia del Guadarrama al fondo. El Real Sitio era, en palabras de Giner, un "hermosísimo parque" que constituía el "último resto casi" de la antigua riqueza forestal que se había extendido por los alrededores de la ciudad, de "la espléndida selva que un tiempo rodeaba a Madrid y que el atraso, la preocupación y la ignorancia han ido talando y reduciendo hasta dejarla transformada en pobrísima tierra de pan llevar". Se libró -añade Giner- de "las imprudencias de la desamortización", y gracias a ello podía ofrecer todavía "un admirable paisaje, donde el sombrío verdor de las encinas, la esmeralda de los pinos, la plateada seda de las retamas, las zarzas, jaras, rosales, espinos, sauces, fresnos, chopos y álamos blancos, cuyo pie alfombran con inagotable profusión el tomillo, el cantueso, el romero, la mejorana y otras olorosas labiadas, que huellan sin cesar gamos y conejos, forman una vista grandiosa, coronada por la vecina sierra con su cresta de nieve en el invierno, sus radiantes celajes en el verano, y en todo

tiempo con su imponente masa y graves tintas".

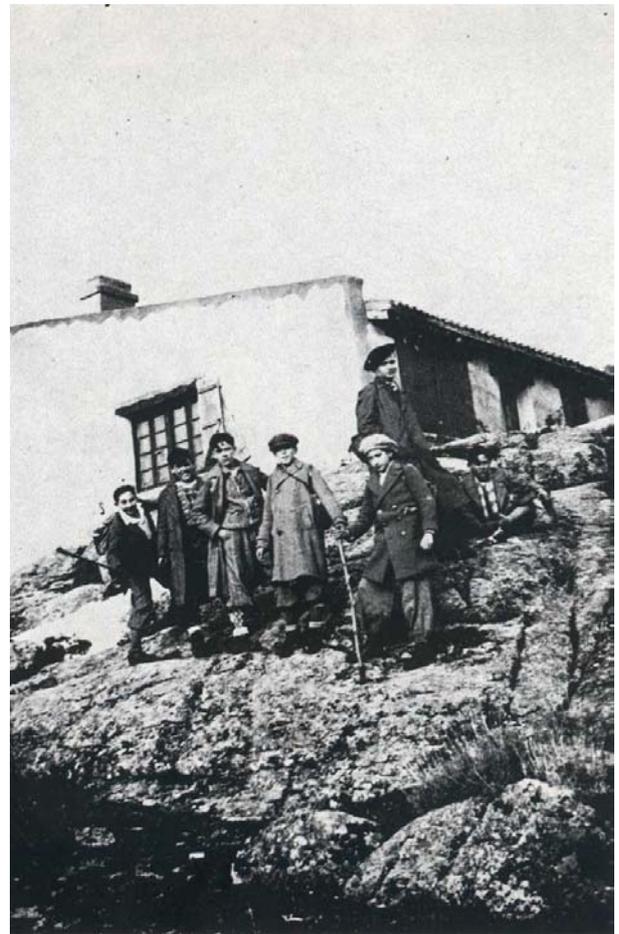
La concepción del paisaje

El escrito de Francisco Giner que contiene la más acabada expresión de sus ideas y vivencias en este terreno es el que publicó en 1886, en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, con el título de "Paisaje". La importancia de este artículo, verdadero manifiesto del paisajismo gineriano e institucionista, reside tanto en su dimensión teórica, en las reflexiones del autor sobre la definición y la caracterización del paisaje, acordes con los enfoques geográficos foráneos más actualizados, como en la imagen que ofrece, a modo de proyección concreta de aquéllas, de la Sierra de Guadarrama. Respecto de lo primero, conviene advertir, ante todo, que el paisaje es, para Giner, lo mismo que para la Geografía moderna, la expresión visible del orden de la naturaleza.

Concibe Giner el paisaje como una entidad natural, constituida por un variado conjunto de elementos o componentes (el relieve, la vegetación, el agua, el cielo, la atmósfera, los animales, el hombre y sus obras), y considera además que el primero de esos factores, el relieve, desempeña un papel de especial importancia en la caracterización, incluso estética, del paisaje. Esto equivale a reconocer, como resulta también habitual en el paisajismo geográfico decimonónico, el lugar fundamental que suele ocupar el relieve, el factor geológico, en la conformación del paisaje natural. Las diferencias de

naturaleza, disposición y comportamiento de los materiales geológicos se traducen, como señala Giner, en formas paisajísticas distintas, en paisajes diferentes.

Los elementos o componentes del paisaje forman una unidad, o, como dice Giner, "un todo indivisible". Es una unidad natural, resultado de un conjunto de relaciones naturales, de la que el hombre forma parte en términos



La casita de la Institución en Navacerrada

igualmente naturales. El hombre se inscribe en el paisaje como un componente natural más, como un elemento que, al igual que los restantes, pertenece al orden de la naturaleza. El paisaje

es paisaje natural, un paisaje que está presidido, organizado, por factores y relaciones naturales. El fundamento último del paisaje es la naturaleza, el orden natural, y es ahí donde se encuentran las claves de su caracterización y de sus cualidades. El paisaje expresa el resultado unitario, sintético, de las relaciones naturales entre todos sus componentes, físicos y humanos. El paisaje es la expresión visible de una unidad geográfica natural.

Esta visión naturalista del paisaje sostenida por Giner es similar a la que recorre la Geografía moderna a lo largo del siglo XIX y aun los primeros decenios del XX, la que se puede encontrar, por ejemplo, en Humboldt, en Reclus y en Paul Vidal de la Blache, o, en España, en Eduardo Hernández-Pacheco y en Juan Dantín Cereceda. Para todos ellos, como para Giner, el paisaje es la plasmación del orden de la naturaleza, y el hombre forma parte del mismo, como un componente natural más, inserto en el conjunto de relaciones naturales que lo caracterizan. Hay, según Giner, una clara "relación entre la constitución geológica, el relieve del suelo, el clima, el medio natural, en suma, y el hombre", y esa relación deja su huella "en la constitución de nuestro cuerpo como en la de nuestra misma fantasía, de donde trasciende a nuestros gustos, hábitos, artes, a la obra y modo entero de la vida".

El reconocimiento de esas estrechas relaciones entre el hombre y el paisaje al que pertenece es otra nota destacada del paisajismo gineriano. A su existencia se debe la importancia que adquiere

el conocimiento del paisaje, la comprensión de sus cualidades y de sus significados, a la hora de descubrir los rasgos peculiares del carácter del pueblo español, las claves de su identidad histórica y cultural. Existe solidaridad entre el hombre y el paisaje, y esa solidaridad, que se manifiesta a la vez en términos individuales y colectivos, es la que hace del segundo un valioso testimonio para entender el carácter del primero. Al igual que ocurre con el arte o la literatura, el paisaje nos acerca a la caracterización intrahistórica del pueblo, al conocimiento de los rasgos más genuinos de su espíritu y de su tradición cultural.

El paisaje no se agota en el escalón de las formas visibles, de los rasgos fisonómicos. Es además una realidad dotada de sentido, un ámbito cargado de valores, cualidades y significados. Y todo ello no puede dejarse de lado si se quiere entender lo que el paisaje es y representa. Las formas del paisaje pueden explicarse; su sentido y sus significados, sus valores y sus cualidades, deben ser comprendidos. Para entender el paisaje es preciso, como advirtió Humboldt, aunar la explicación y la comprensión, simultanear la vía de conocimiento apoyada en la razón y en el pensamiento con la que utiliza el sentimiento y la imaginación como herramientas fundamentales. La visión de Giner no se contenta con la descripción y la interpretación de las formas del paisaje; quiere adentrarse también en la comprensión de su sentido, en la valoración de sus rasgos cualitativos.

Entender el paisaje es abrirse a un mundo de significados, de valores y cualidades, de muy variada índole, cuya comprensión ayuda sustancialmente a mejorar la educación del hombre. El contacto con el paisaje permite educar la inteligencia y, al tiempo, la sensibilidad y la imaginación; ayuda a incrementar y afinar simultáneamente, sin disociaciones inconvenientes, las capacidades intelectuales, éticas y estéticas de la persona. El "contacto purificador de la Naturaleza" favorece siempre, en palabras de Giner, "la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales". Y quien se acerca al paisaje debe procurar ejercitar todos los recursos necesarios para captar y valorar esa riquísima gama de posibilidades.

En la perspectiva de Giner, como en la de la Geografía moderna, el paisaje debe ser explicado y comprendido. La explicación del paisaje es de índole naturalista, consiste en dar cuenta de las relaciones naturales que lo vertebran, en aclarar e interpretar su organización y su jerarquía, sus dependencias y sus nexos causales. La comprensión del paisaje es de signo cultural, intenta captar y valorar sus cualidades y significados culturales -estéticos o éticos, por ejemplo-, pero sin perder nunca de vista que tales cualidades y significados, aun siendo culturales, dependen asimismo del orden natural.

La explicación naturalista del paisaje y su comprensión cultural se hallan así estrechamente conectadas, ya que

ambas dan cuenta, aunque cada una a su manera, del orden de la naturaleza que allí existe y se manifiesta. La perspectiva naturalista orienta decisivamente el acercamiento geográfico moderno al paisaje, su doble dimensión natural y cultural, y esa perspectiva está igualmente presente, con similares consecuencias, en la visión paisajística de Giner. Cuando éste habla, por ejemplo, a propósito de la Sierra de Guadarrama, de la impresión que producen los colores del roquedo asociados a los grados de hidratación de sus óxidos de hierro, o cuando se refiere a las sensaciones derivadas de los tonos de las diferentes vegetaciones, se deja ver esa relación entre el conocimiento naturalista y la valoración cultural del paisaje.

El nexo entre el conocimiento naturalista y la valoración cultural se hace, en determinadas ocasiones, especialmente patente. Algunos de los paisajes más valorados por Giner, más apreciados por él debido a sus destacadas cualidades culturales, eran también lugares con una caracterización natural sobresaliente, con unos rasgos físicos que el conocimiento naturalista de la época había considerado particularmente valiosos. Es lo que sucede en su visión de la Sierra de Guadarrama, donde esa correspondencia entre la importancia natural, establecida por los naturalistas de la época, y la importancia cultural se manifiesta con bastante claridad. Veamos, para terminar, cómo es esa imagen gineriana del Guadarrama, que constituye, como se dijo antes, la segunda de las aportaciones impor-

tantes de su artículo dedicado al "Paisaje".

El paisaje del Guadarrama

Recuerda Giner, al hablar de la Sierra de Guadarrama, algunos lugares especialmente impresionantes por su situación y su caracterización natural. Es el caso de "las Cabezas de Hierro, y los espléndidos valles que dominan", o, sobre todo, el caso de "la magnífica y vecina Peñalara, con sus ventisqueros, sus lagunas, sus circos, sus acantilados, sus panoramas espléndidos, que abrazan desde el Pisuegra al Manzanares". Y en sus descripciones panorámicas se deja sentir con claridad el aliento geográfico y naturalista del modo gineriano de percibir y entender el paisaje. Giner procura, en sus vistas panorámicas, no sólo referirse a los elementos principales del paisaje, sino también, y sobre todo, prestar atención a las formas de organización natural que resultan de las relaciones entre ellos. La visión panorámica es en Giner, como en el paisajismo geográfico moderno, un modo de manifestar la organización del paisaje, de hacer patente el orden natural que lo fundamenta.

La descripción que hace Giner del panorama de la Sierra que se domina desde las cumbres de las Guarramillas resulta muy expresiva de ese interés por la organización natural del paisaje. "Dejamos muy atrás la zona de la vid - escribe Giner-; estamos en plena región alpestre. Sigamos, y llegaremos a la cumbre, al puerto de Navacerrada, límite de las dos Castillas, cuyo desni-

vel se advierte al punto, y divisoria entre el Tajo y el Duero; y si tomamos por la ladera hacia el Este, con sólo subir unos cien metros, al primer cerro de las Guarramillas, contemplaremos el más grandioso panorama. Tenemos debajo las apretadas masas de los pinares de Valsaín, al fin de cuyos tonos, oscuros y enérgicos, clarean con espléndida luz los llanos de Segovia, que muestra allá en la bruma las torres de sus monumentos; coronándolo todo el imponente macizo de Peñalara, al Este del cual se extiende el suave cordón que forma el puerto del Paular y defiende el valle del Lozoya; mientras que al Sur, la meseta de Castilla la Nueva, en que Madrid dibuja apenas su silueta cárdena, prolonga las curvas de su modelado hasta perderse en el celaje, y al Oeste, la cadena de la cordillera viene corriendo por cima del Escorial a cerrar del otro lado el puerto con las quebradas alturas de Siete Picos. Desde este núcleo, multitud de ríos se van formando y despeñando en distintas direcciones: por la vertiente meridional, el Guadarrama, el Manzanares, el Guadalix, el Lozoya, el Jarama, que más o menos pronto llevan sus aguas hasta el Tajo; por la vertiente Norte, el Eresma, el Valsaín, el Clamores, el arroyo de Moros, que van a acabar en el Duero".

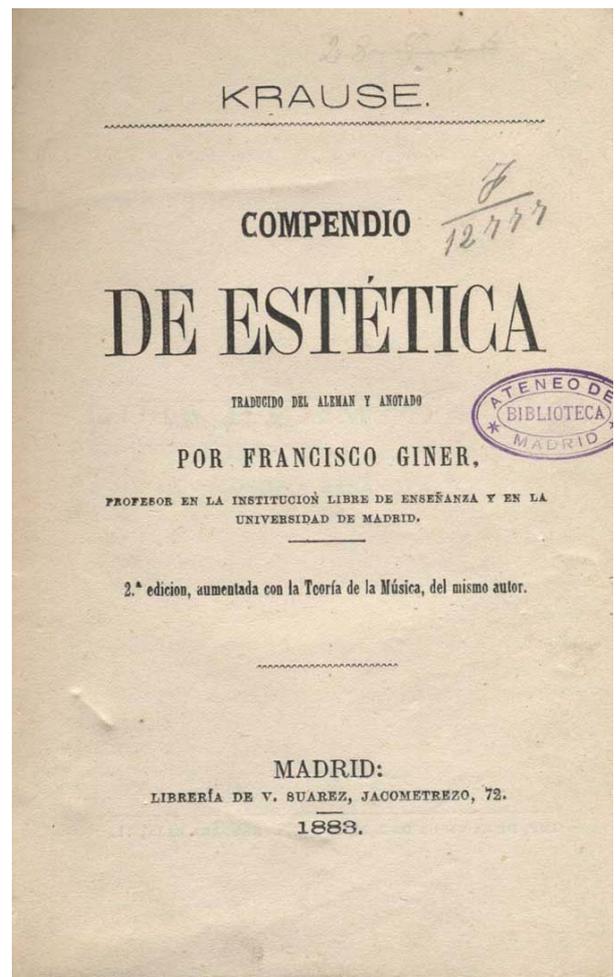
También ofrece Giner algunos comentarios más generales sobre el paisaje montañoso del Guadarrama y el paisaje llano de sus proximidades. Para caracterizarlos, Giner tiene en cuenta los dos componentes naturales que el paisajismo geográfico moderno consideraba fundamentales: el relieve y la

vegetación. Se acerca al entendimiento de sus formas, de su fisonomía, mediante el uso sucesivo de criterios geológicos y botánicos. Las formas del relieve de la Sierra y del llano dependen de la naturaleza de los materiales geológicos y de su consiguiente comportamiento frente a los agentes erosivos. De ahí procede el primer contraste natural importante entre el paisaje de la montaña, que Giner ejemplifica en el conjunto granítico de la Pedriza de Manzanares, y el paisaje del llano, formado por sedimentos recientes.

A ese contraste geológico se añade otro, de índole botánica, igualmente importante. Como buen paisajista moderno, sin olvidar el carácter unitario del paisaje, Giner advierte la correspondencia que existe, en cada caso, entre el relieve y la vegetación. Las diferencias geológicas entre el paisaje de la Sierra y el paisaje del llano aparecen asociadas a diferencias de vegetación no menos notables. "En la montaña -escribe Giner-, severa hasta la majestad, todo es mate y adusto: los líquenes que tiñen el verdoso granito; el monte bajo, cuyo tono apenas templan, allá en la primavera, el morado cantueso, la amarilla flor de la retama, el rojo de tal cual amapola o de las opulentas peonías; el sombrío verdor de los pinos, que se alzan sobre ellos, ora esbeltos y erguidos, ora corpulentos y nudosos, o muertos con el gris de plata de sus ramas desnudas, retorcidas y secas. Abajo, en el amplio valle, la luz es más igual; las sombras, menos acentuadas, los tonos, más ricos y brillantes; los olmos, los chopos, los sauces, los espinos, las zarzas agotan

casi todos los matices del verde, desde el álamo blanco al verde de la encina; y en medio de las tierras sembradas y de las praderas, con su yerba corta, fina y rala, clarean sobre el suelo anchas ráfagas sonrosadas, de una espléndida carnación luminosa".

La consideración de las formas del relieve y de la vegetación permite a Giner ofrecer imágenes del paisaje de la Sierra de Guadarrama y del paisaje de la llanura castellana próxima a Madrid que manifiestan su distinta caracterización natural y fisonómica. Son dos ámbitos naturales diferentes, con distintos rasgos geológicos y botánicos,



que ofrecen, por tanto, distintas fisonomías, paisajes diferentes. El contraste natural entre esos dos paisajes, fundado en la explicación naturalista, se atenúa, en el razonamiento de Giner, a través de una visión más subjetiva y más amplia, de signo cultural, que llega, más allá de las diferencias visibles, hasta el reconocimiento de un orden natural más profundo, compartido por ambos paisajes, y se adentra en el descubrimiento y en la valoración de sus cualidades y significados de índole intelectual, estética y ética. A la explicación naturalista sucede, sin desconectarse de ella, la comprensión cultural del paisaje. Y de ese modo culmina el modo gineriano de entender la Sierra de Guadarrama (y, en general, el paisaje castellano).

Es en ese terreno, el de la comprensión cultural, donde Giner ofrece las reflexiones más originales, incisivas y fecundas sobre el paisaje de la Sierra de Guadarrama. Encuentra en tal paisaje un conjunto de cualidades y de valores -fuerza interior, severa grandeza, nobleza, dignidad, señorío, esfuerzo indomable, gravedad, austeridad- que lo convierten en un lugar de hondo significado, en un verdadero símbolo de sus ideas y sus aspiraciones educativas y patrióticas. Hay en él, en palabras de Giner, "una fuerza interior tan robusta, una grandeza tan severa, aun en sus sitios más pintorescos y risueños, una nobleza, una dignidad, un señorío, como los que se advierten en el Greco o Velázquez, los dos pintores que mejor representan este carácter y modo de ser poético de la que pudiera llamarse espina dorsal de España".

La visión del paisaje del Guadarrama ofrecida por Giner, acorde con los criterios del paisajismo geográfico moderno, logra hermanar la explicación y la comprensión, la razón y el sentimiento. Su comprensión del paisaje entraña un hondo sentimiento de sus cualidades y valores, y ese modo de sentir se expresa con singular claridad en su imagen de la Sierra de Guadarrama. "Jamás podré olvidar -escribe- una puesta de sol, que allá, en el último otoño, vi con mis compañeros y alumnos de la *Institución Libre* desde estos cerros de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos aparecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Riofrío, en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, oscuro, amaratado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa".

Giner incorpora la valoración naturalista de la Sierra de Guadarrama promovida por los geólogos de la época, y añade a ella su propia valoración cultural de ese mismo paisaje. Explicación naturalista y comprensión cultural quedan así conectadas. Y existen marcadas analogías entre ambas valoraciones: la importancia natural de la Meseta central, su decisivo papel en la historia geológica de España, se corresponde con la importancia cultural que adquiere Castilla en el horizonte gineriano e institucionista, con el singular

significado que se atribuye a su participación en la historia de España. Lo mismo sucede, dentro de la Meseta y de Castilla, con la Sierra de Guadarrama.

En términos naturalistas, geológicos, la Sierra de Guadarrama formaba parte de la Cordillera que José Macpherson había considerado, en 1883, la "columna vertebral de la Península Ibérica", mientras que desde el punto de vista cultural e histórico, Giner la consideraba, en 1886, la "espina dorsal de España". La Sierra de Guadarrama se veía como una atalaya natural y, al tiempo, como una atalaya cultural. Acercarse a ella, subir a sus cumbres, fue para Giner y los institucionistas una forma de elevarse a una mejor comprensión cultural e histórica de Castilla y de España. "Giner y sus amigos -escribió Joaquín Xirau- emprendieron el camino de la Sierra. Fue uno de sus primeros y grandes *descubrimientos*. Desde lo alto de la Sierra dominaban Castilla y desde Castilla España entera".

La visión del paisaje promovida por Francisco Giner (y, tras él, por la Insti-

tución Libre de Enseñanza) estuvo, en fin, directamente relacionada con su propósito de identificar las claves, los rasgos característicos, de la comunidad nacional. Su valoración del paisaje no fue ajena a su búsqueda de la identidad nacional española, a los afanes de su nacionalismo, que se mostró siempre, como señaló Diego Catalán, "liberal" y "progresista". En ese marco se situó la visión del paisaje español y, en particular, del paisaje castellano ofrecida por Giner. Conformó y promovió una imagen renovada, moderna, del paisaje de España y de Castilla, que prestó atención a sus valores naturales, históricos y culturales, y también a sus cualidades simbólicas, a la posibilidad de ver en él un símbolo de la propia historia y de la propia cultura. Francisco Giner abrió de ese modo la puerta a un modo renovado de ver el paisaje, en el que se aunaban, a la manera geográfica, la explicación y la comprensión, la óptica naturalista y la cultural, la observación atenta y la atribución de valores y significados. Esa fue su contribución, en muchos aspectos fundacional, a la cultura española moderna del paisaje.

Bibliografía

Altamira, Rafael: *Giner de los Ríos, educador*, Valencia, Prometeo, Sociedad Editorial, 1915.

Altamira, Rafael: "El paisaje y los Parques Nacionales de España", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XLV, 736, 1921, pp. 220-222.

Berdoulay, Vincent y Saule-Sorbé, Hélène: "La mobilité du regard et son instrumentalisation. Franz Schraeder à la croisée de l'art et de la science", *Finisterra*, XXXIII, 65, 1998, pp. 39-50.

Bernaldo de Quirós, Constancio: "Recuerdos y enseñanzas de don Francisco Giner", en *Estudios Jurídicos en Homenaje al Profesor Luis Jiménez de Asúa*, Buenos Aires, Editorial Abeledo-Perrot, 1964, pp. 167-203.

Fox, Inman: *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1997.

Giner de los Ríos, Francisco: "Mérida y Badajoz" [1879], en *Arqueología artística de la Península* (Obras completas: XX), Madrid, 1936, pp. 3-22.

Giner de los Ríos, Francisco: "El Real Sitio del Pardo" [1883], en *Arqueología artística de la Península* (Obras completas: XX), Madrid, 1936, pp. 23-29.

Giner de los Ríos, Francisco: "Paisaje", *La Ilustración Artística*, V, 219 y 220, 1886, pp. 91-92 y 103-104.

Humboldt, Alejandro de: *Cuadros de la Naturaleza* [1808 y 1849 (3ª ed.)]. Traducción de Bernardo Giner, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar, 1876.

López-Morillas, Juan: *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Martínez de Pisón, Eduardo (dir.): *Madrid y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Museo Municipal de Madrid, 1998.

Ortega Cantero, Nicolás: *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Caja Madrid y Editorial Raíces, 2001.